



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La Universidad frente a las oportunidades y los retos del cambio económico

Autor: Cordera Campos, Rolando

Forma sugerida de citar: Cordera, R. (1990). La Universidad frente a las oportunidades y los retos del cambio económico. *Cuadernos Americanos*, 2(20), 125-132.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IV, núm. 20, (marzo-abril de 1990).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA UNIVERSIDAD FRENTE A LAS OPORTUNIDADES Y LOS RETOS DEL CAMBIO ECONOMICO

Por *Rolando* CORDERA
FACULTAD DE ECONOMÍA, UNAM

1. Introducción

UNA REFLEXIÓN sobre el futuro de la Universidad, y más aún el intento por perfilar la Universidad futura, empeño que hoy nos congrega, supone pensar el porvenir del país todo. La metodología más elemental así lo aconsejaría. A eso voy a dedicar buena parte de mi intervención esta tarde.

Sin embargo, es posible y conveniente sugerir que la Universidad, entendida como conjunto institucional con objetivos y funciones especializados a la vez que sociales, es capaz de generar dinámicas relativamente autónomas, en cierto sentido irreductibles a los mecanismos centrales que ordenan la evolución macrosocial. En consecuencia, es también posible intentar una proyección "endógena" de la institución, que recoja necesidades y potencialidades propias, siempre y cuando se sea consciente de las restricciones que a la postre, y en el trayecto, la economía política global le impondrá a esa evolución probable de la Universidad. Trataré de echar mano en su momento de esta libertad metodológica.

Estoy convencido de que el futuro de nuestra Universidad Nacional no puede ser la suma de los futuros que se le asignen desde los miradores profesionales y gremiales que hoy definen el mapa universitario. El todo tendrá que ser mayor a la suma de las partes, si en efecto se busca un cambio orgánico y progresivo, una Universidad futura. Dicho esto, no tanto para curarme en salud sino para hacer explícito un compromiso, debo advertir que mi exposición tendrá como campo principal de reflexión el de la economía política, tratando de aportar a la discusión de los universitarios elementos y razonamientos para construir un contexto de ese orden, político-

económico, dentro del cual inscribir limitaciones y oportunidades para la Universidad futura.

A pesar de lo anterior, quisiera también adelantar una proposición no metodológica, aunque sí estratégica respecto del tema que nos ocupa: en las circunstancias de hoy y en las que se pueden prever para mañana, es difícil imaginar un futuro nacional deseable, que mínimamente se corresponda con los valores públicos del presente, sin una Universidad activa y actuante en el espacio público de las ideas y las decisiones, explícitamente involucrada en los procesos más generales del orden económico y político. Así, la Universidad futura puede y debería pensarse y proponerse como una agencia capaz de inscribirse en, y propiciar los procesos de cambio y reestructuración de la economía política mexicana, procesos que, como se sabe, han arrancado ya, sin que nadie pueda precisar todavía su itinerario y destino. Esta incertidumbre, propia de momentos de mutación global como el que vivimos, se agrega al tiempo que se ha llevado el ajuste inicial, ya casi diez años, así como a las severidades y dolores que dicho ajuste ha implicado, distribuidos por lo demás de modo extremadamente desigual. En esta tesitura, es claro que el reto para la Universidad aumenta, porque las demandas se multiplican, los recursos son escasos y nadie se atreve a otorgar prioridades portadoras de modo inequívoco de sacrificios para otros sectores y grupos.

La relevancia que le otorgo a la Universidad, en el contexto abierto por la crisis y el ajuste, no proviene, al menos no principalmente, de una visión activista y voluntarista, de esas que dieron lustre a los movimientos de reforma universitaria de la primera mitad del siglo. Tampoco deriva de la elaboración foquista-redentorista, de salvacionismo totalizador, en que desembocó el 68, aquí, en América Latina y en otras latitudes menos tropicales.

Tenemos ya, por fortuna, la distancia necesaria para iniciar un deslinde tranquilo con esas experiencias que, sin restarles legitimidad sociológica ni valor ético, las ubique como expresiones desbordadas de una realidad nueva, social e intelectualmente hablando, que buscaba cauces y modos para desarrollarse y dar lugar a plataformas también nuevas para la producción y reproducción de la sociedad. Hoy podemos acercarnos con más confianza y conocimiento que entonces a los perfiles posibles, y necesarios, de esas vertientes reproductoras de la existencia colectiva, a pesar de las opacidades y agresiones que, como se dijo, ha traído consigo el ajuste puesto en acto a partir de 1982.

Mi sugerencia sobre el protagonismo posible y deseable de la Universidad, se apoya más bien en una hipótesis sobre el ajuste que puede desplegarse en México, una vez que se asuma la insuficiencia histórica y estructural del que se realizó al calor de la emergencia y las imposiciones de la crisis de la deuda que explotó en 1982. Vayamos, pues, al terreno de la economía política.

II. El ajuste y sus promesas

El ajuste para pagar implicó costos sociales y productivos enormes. Esto es hoy incontrovertible. A la vez, sin embargo, trajo consigo o indujo cambios importantes en la estructura productiva, que se sintetizan en el surgimiento de capacidades exportadoras que ya cuentan con un cierto dinamismo propio y vinculado a las oportunidades y ventajas que se abren en el mercado internacional. También, y esto es en verdad relevante para nuestra reflexión, propició mutaciones significativas en la actitud y mentalidad de algunas capas del empresariado, pero sobre todo le dio a la conciencia de la crisis y de la necesidad del cambio que había permeado la conducta colectiva a lo largo de los años setenta, una densidad y una materialidad, una experiencia existencial, formidables. Consecuencia de todo esto son una maduración acelerada y masiva de la conciencia social y, al final del periodo, una auténtica y prometidora explosión de ciudadanía.

Como dijimos, el ajuste también produjo un extendido y largo castigo a la existencia social, acentuó el fraccionamiento y la heterogeneidad preexistentes y reforzó las tendencias a la concentración de la riqueza y el ingreso. Hasta hoy, estos sacrificios no han encontrado una contraparte positiva —y productiva— en el plano del empleo, ni están a la vista corrientes de ingreso efectivamente compensatorias de lo que se perdió en la década que terminó.

Asimismo, el método adoptado para encarar el ajuste impues- to por el exterior no fue capaz de poner al país en una nueva trayectoria de expansión; el cambio estructural buscado y prometido no arribó a una nueva conformación productiva y de intercambios externos, susceptible de dar lugar, por ella misma, a un crecimiento rápido y sostenido, con vocación distributiva. Lo que es más grave, el ajuste no abrió las puertas a procesos de innovación y adaptación como los que se requieren para inscribir al país en la avalancha de cambios científicos y tecnológicos que definen el presente y el futuro del mundo.

Sin esto último, México no podrá aprovechar las estructuras de oportunidad que surgen hoy al calor de la recomposición internacional, que día a día se vuelve más compleja y multidireccional. En estas condiciones, sigue presente para nosotros la posibilidad ominosa de un rezago de corte y dimensión históricos.

El costo social, vuelto en realidad un sacrificio, un desperdicio, con escasa o ninguna justificación técnica, junto con el estancamiento en el quehacer científico-tecnológico, cuando no las reversiones registradas en esta actividad fundamental, como lo han expuesto con alarma y angustia Ruy Pérez Tamayo y otros científicos, son contrapesos decisivos de los logros económicos y en la conciencia y la conducta social, anotados arriba. Puede volverse simple y llanamente fardos, y no sólo contrarrestar avances sino distorsionarlos y conducir al conjunto político-económico nacional a un franco deterioro.

En particular, pueden nublar y desvaíecer la conciencia colectiva sobre las restricciones que se empezaron a forjar en los años más duros del ajuste y que, en el sismo, dio cuenta de las grandes potencialidades que puede tener ese registro de las restricciones cuando se le empieza a entender como desafío y no sólo como fatalidad. De no encaminar el inventario de carencias y dificultades objetivas hacia metas de superación progresiva, y hacia tareas de invención y descubrimiento de rutas de solución que no están a la vista, lo único que puede resultar es la decepción, la desesperación y el desorden, el todos contra todos, la búsqueda implacable de la solución individual: un escenario sin esperanza y en la circunstancia actual de falta casi absoluta de recursos externos, casi con seguridad un escenario destructivo.

Escasez y restricciones férreas, sobre las que en lo inmediato no tenemos control o posibilidad cierta de actuar, llevan a concluir en la actualidad del ajuste. Pero a la luz de lo planteado arriba, lo que parece más bien indispensable es pensar en una recomposición diferente, más ambiciosa y compleja, aunque no necesariamente antagónica a algunos aspectos y criterios principales de la que se ha llevado a cabo hasta la fecha.

Esta necesidad, que se expone hoy a los ojos de todos una vez que vuelve al centro de la reflexión pública la urgencia de recuperar el crecimiento y construir una trayectoria de desarrollo, pone también en el centro de la escena política nacional a la ciencia y la cultura. No como adjetivos de los procesos materiales que dan nombre al crecimiento económico, sino como ejes sustantivos de la innovación y la adaptación creativa, componentes insustituibles,

a su vez, de una modernización incluyente, en condiciones de reformular no sólo la fachada sino los tejidos y los cimientos mismos de la economía política nacional. Sólo así será factible combinar los imperativos de eficiencia del cambio internacional, que en esencia son inconjurables, nacionalmente, con los objetivos históricos de democracia y justicia.

Con esta perspectiva, resulta coherente vislumbrar para la Universidad una acción protagónica, no subordinada. Se trata de constituir nuevas capacidades de selección y elección de técnicas y procesos, y no sólo de imitar lo que se nos ponga enfrente. Más que una corriente continua pero servil de especializaciones adaptativas, lo que se requiere es conocimiento básico que habilite a la sociedad para responder con prontitud a las exigencias de flexibilidad y capacidad de adaptación complejas que hoy acompañan al cambio técnico.

Lo que urge, entonces, es la creación de circuitos teórico-empíricos dispuestos y preparados para absorber información internacional, generar y regenerar conocimiento a la altura de los desarrollos en los centros avanzados, así como difundirlo y volverlo atractivo entre la población, los sectores productivos y el Estado. Todo esto supone, sin estridencias, una capacidad de liderazgo cultural que, sin embargo, no puede separarse de la producción y la política.

Un liderazgo de este tipo, por sus exigencias de rigor, complejidad y plazo, no puede, por otro lado, quedar a expensas de las contingencias, apetitos y circunstancias particulares, que son propias de la actividad empresarial lucrativa, o de la política centrada en la consecución o el mantenimiento del poder. Son, así, otras las instituciones que pueden y deben desplegar este quehacer, sin el cual, por cierto, el quehacer empresarial no tendrá pronto más horizonte que la compra-venta o la especulación, y el quehacer político corre el riesgo de volverse un tiovivo trivial, empobrecedor de la vida pública.

Existe otra dimensión, menos obvia, pero igual o más decisiva, que le otorga a la Universidad, a la producción y difusión organizada de la ciencia y la cultura, un papel singular. Se trata de la necesidad de impulsar nuevas maneras de concebir, actuar y sentir la política, si es que el ajuste mayor del que se ha hablado se va a realizar basado en un nuevo consenso nacional. Para ello es preciso que tenga lugar una generación y adopción colectivas de obje-

tivos generales, portadores de visiones y convicciones comunitarias sobre el bien común, la relación entre las personas y la justicia social.

Por razones históricas bien conocidas, pero también debido a la complejidad e interdependencia estrecha que ya caracterizan a nuestra estructura social, el cambio económico reclama la instauración de otros métodos políticos para definir su rumbo y concretar su ritmo y calidad. La modernización basada en el mandato jerarquizado no encuentra eco fácil en un cuerpo social plural y diversificado, donde además el poder aunque concentrado se ha difundido relativamente. En esa medida, es cada vez más cuesta arriba la tarea de integración y unificación de intereses y acciones en torno a objetivos comunes a partir de un esquema jerárquico de, digámoslo así, mando único e inapelable.

De otra parte, la realización del ajuste mayor de que hablamos, a través de una estrategia única, omnipresente, de mercado, de intercambio de ventajas y ganancias, nos asegura el convertir a la economía, también al Estado y la política, en un casino, en una arena donde todos se enfrenten, pero de ningún modo el surgimiento de trayectos de desarrollo y modernidad de larga duración.

De diferentes maneras se trata de encontrar vías no reduccionistas como las mencionadas, a través de la concertación, que para ser un método constructivo de largo plazo, capaz de producir cambios culturales profundos, debe inscribirse en un proceso mayor de aprendizaje social a través de la deliberación y el debate organizados.

La política como proceso de aprendizaje mutuo, como un circuito de persuasión y comunicación en torno a la definición de objetivos y fines, así como de criterios para llevar a cabo esas decisiones finalistas, supone dosis crecientes de investigación y crítica, así como una labor permanente de iluminación sobre la naturaleza de los dilemas y las cuestiones a debate. Sólo así se puede expandir el campo de posibilidad del juicio político, de los políticos, y crear un contexto real y creíble de exigencias y de responsabilidad dentro del cual se debata y se adopten las decisiones políticas sobre lo que conviene o no a la sociedad en cada momento.

La política tiene que ver con valores y fines, no con técnicas o cuestiones de eficiencia. Pero la Universidad, con su crítica de la realidad, así como con su reclamo de rigor y racionalidad, puede sin duda contribuir a desplegar nuevas actitudes, más cercanas a formas de intercambio democrático comprometidas no sólo con la distribución de poder sino con su utilización en función de propósitos públicos. Está, por supuesto, por verse si nuestra futura deli-

beración sobre la reforma de la UNAM puede superar la trampa del reduccionismo, las tentaciones de la solución autoritaria o del reparto de posiciones y cuotas a la manera de los bazares.

III. La Universidad y sus oportunidades

LA universidad del presente, cercada por el síndrome profesionalizante que tanto ha expuesto Gilberto Guevara, no está a la altura de los desafíos y posibilidades que abre el ajuste. La universidad moderna, así como la futura, tiene que producir profesionales y éstos conformar gremios. Lo que no puede soportar la Universidad, más que al precio de osificarse y centrarse sobre sí misma, es que sus decisiones sobre la formación de profesionales queden sujetas al grillete gremial y de las profesiones existentes.

En el mundo de la flexibilidad y de la explosión comunicativa, que será también nuestro mundo, lo anterior es simplemente suicida. Ello, sin embargo, poco o nada tiene que ver con la noción, todavía tan en boga, de una universidad encadenada, o que responda, o asuma, el mercado de trabajo. En los tiempos actuales, para no hablar de los que vienen, un criterio de esta naturaleza, aparte de ingenuo, puede ser fuente de múltiples desperdicios de recursos y frustraciones de jóvenes.

Lo que está en cuestión, más bien, es, por un lado, la capacidad de la Universidad para conformar una estructura sólida de formación básica y profunda, en la cual pueda sustentarse una perspectiva de profesionalización y especialización polivalente, como la llama José Ayala, que en alguna medida responda a movimientos y deslizamientos en las necesidades y la demanda sociales. La clave aquí es la preparación para ser flexibles más que para ser especialistas.

Por otro lado, está en juego la disposición real de la Universidad y los universitarios para planear su desenvolvimiento, fijar y respetar objetivos, y darse formas reales, creíbles, de organización del trabajo y de evaluación de sus resultados.

Poco podemos esperar a este respecto, si se mantiene la absurda, increíble, separación entre la investigación y la docencia que priva entre nosotros. Un maestro que no investiga es inconcebible, en una perspectiva como la aquí sugerida; un investigador alejado por sistema de la docencia es, para decir lo menos, digno de toda sospecha.

Sin duda, se debe contemplar la excepción, pero más que ello,

darle a la investigación y a la docencia una dimensión variada, no necesariamente formalizada, que permita una utilización intensa y extensa de los recursos existentes. La formación de profesionistas e investigadores a partir de proyectos y estrategias de investigación, en torno a investigadores probados y comprometidos, es un ejemplo de lo anterior. Darle dignidad a la investigación para la docencia, a la producción de material didáctico de todo tipo, es asimismo una opción que vincula y no bifurca, ni aminora, el valor del trabajo de los docentes.

Lo que no puede durar, en todo caso, es la visión pobre y empobrecedora de una excelencia refugiada geográfica y funcionalmente; se trata de un enfeudamiento que no tiene sustento, tal vez ni parangón, en experiencia internacional ninguna.

La educación superior, se sabe, resintió sin defensa alguna los embates del ajuste deudístico. Los recursos públicos se redujeron a la mitad y la absorción de estudiantes se mantuvo, a pesar de que la población en edad de ser estudiante de educación superior siguió creciendo. En todo caso, la capacidad real de absorción se deterioró, y la dinámica educativa examinada con rigor simplemente se estancó o de plano sufrió una reversión pasmosa. No hay, a partir de la proyección simple de estas realidades, Universidad futura; hay Universidad y universitarios sin futuro.

Tanto las aperturas posibles que emanan del cambio científico técnico, como las que provienen de la necesidad de un cambio político, le asignan a la Universidad un lugar en el espacio público que habrá que crear para realizar un ajuste de amplio espectro, como el sugerido. No sólo eso, la Universidad tiene que ser, por ella misma, un espacio público. Vale la pena citar a Justo Sierra: "No. . . no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice; no la sorprenderá la toma de Constantinopla discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor" (Citado por G. Guevara, "La Universidad y la Nación", Mimeo, 1989).

Pública y nacional, pero rigurosa, responsable y racional, selectiva de métodos, recursos y cofrades, integrada y flexible, portadora de valores nuevos y fundamentos sólidos, autocrítica por sistema y vocación y no por oportunidad o moda, la Universidad de siempre, la Universidad que el futuro puede darnos si hoy, en el presente, nos hacemos cargo de sus retos y los volvemos oportunidades.